

El reino de los zombis

Len Barnhart

Traducción:  
Marta García Martínez



Libros publicados de Len Barnhart

## EL REINO DE LOS ZOMBIS

### 1. El reino de los zombis

Próximamente:

### 2. *Apocalypse End*

Título original: *The Reign of the Dead*  
Primera edición

© Len Barnhart, 2004

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey, Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-659-9 Depósito legal: B-1259-2011

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

**[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias de forma muy especial a Carol, que fue mi inspiración y siempre creyó que podría completar una novela. Sin ella jamás habría intentado semejante empresa. Soy mejor contigo de lo que jamás podría ser sin ti. Me completas. Eres mi gran amor y mi alma gemela.

—Len Barnhart

## Índice

Prólogo	11
Primera parte – La venganza de Gaia/ El Despertar	13
Segunda parte – Hombre Herido	153
Tercera parte – El día del Juicio Final	207
Cuarta parte – Un futuro incierto	289
Epílogo	313

## Prólogo

Yo era muy pequeña cuando la gran plaga de la muerte estuvo a punto de borrar a los seres humanos de la faz de la tierra, pero recuerdo esos tiempos con toda claridad y mucha angustia. Recuerdo el horror y la tristeza, la zozobra continua y el dolor, pero sobre todo el miedo. El miedo que yo sentía y el miedo que expresaban los demás, ya fuera verbalmente o no.

También recuerdo a los héroes, aquellos que dieron sus vidas de forma desinteresada para que otros pudieran sobrevivir. Es a ellos a los que les debo la vida, y las vidas de mis hijos, porque ellos no estarían aquí si yo hubiera perecido. Jamás olvidaremos su valentía y su coraje. Y no solo los recordaré yo, sino también todos aquellos por cuyas vidas pasaron de un modo u otro; pues en aquellos primeros días carecíamos de rumbo y ellos vinieron para enseñarnos el camino.

Este relato está dedicado a aquellos pocos valientes, por su eterno recuerdo, para que nunca los olvidemos.

Primera parte

La venganza de Gaia

El despertar

El despertador rompió el silencio que reinaba en la cabaña de la montaña. Jim Workman buscó a tientas en la oscuridad previa al amanecer y lo encontró en la mesita de noche. Puso fin a aquel desagradable estruendo y encendió la lámpara de queroseno que tenía al lado.

Eran las cinco de la mañana del domingo, el último día de su estancia de tres semanas. Su periodo sabático había pasado demasiado rápido, pero había saboreado cada día, todo un descanso de su trepidante otra vida. Si por él fuera, aquella sencilla cabaña anidada en las estribaciones de las preciosas montañas Blue Ridge sería su residencia permanente; pero, por supuesto, la «vida real» lo hacía imposible, al menos de momento.

Jim era el dueño de una gran empresa de construcción y no tenía mucho tiempo para nada que no fuera hacer que su negocio, siempre boyante, siguiera apuntando en la dirección adecuada. Con cada año que pasaba crecía su anhelo por las cosas sencillas de la vida y sus esfuerzos de expansión le exigían cada vez más de su precioso tiempo. Ese año, con esas tres semanas de aislamiento, ya había forzado los límites al máximo.

Solo había una persona en el mundo que sabía dónde estaba su retiro, su secretaria Rita, y esta tenía órdenes estrictas de avisarlo solo en caso de emergencia. Ni siquiera Sheila, su exmujer, sabía con exactitud dónde estaba la cabaña. Si había necesitado ese retiro, había sido en parte por ella, así que era la última persona

con la que quería hablar mientras intentaba aclarar el lío que tenía en la cabeza, sobre todo desde que las vistas para conseguir el divorcio habían consumido casi nueve meses de su vida.

Jim se vistió, fue a la cocina y encendió otra lámpara. La cabañita no contaba con comodidades como electricidad o agua corriente, pero era el sitio perfecto para su escapada anual. Después de todo, era un hombre autosuficiente, o al menos así le gustaba considerarse, un hombre capaz de cuidar de sí mismo fueran cuales fueran los obstáculos.

Un arroyo de agua dulce y un lago muy bien provisto mantenían a raya el hambre. En el parque nacional que lo rodeaba abundaba la fauna, y los cuatro mil acres de monte eran la barrera perfecta que se interponía entre él y aquellos que quisieran inmiscuirse en su paraíso temporal.

Jim se quedó mirando su reflejo en el espejo de la pared de la cocina. Tenía el pelo sucio y despeinado. *Las comodidades modernas tienen sus ventajas, después de todo*, pensó mientras se rascaba la barba de tres semanas. Con todo, su amor por aquel tipo de vida estaba comenzando a superar el instinto que lo empujaba hacia el éxito.

Jim llenó el lavabo con el agua fría de un cubo galvanizado y empezó a afeitarse para el viaje de vuelta a la civilización. Con cada pasada de la cuchilla iba desapareciendo el pionero superviviente e iba surgiendo un atractivo hombre de cuarenta años, el Jim Workman que era capaz de sobrevivir en el mundo supuestamente civilizado de la empresa y el comercio.

Llevó dos bolsas de lona a la camioneta y las tiró a la parte de atrás; después se puso a reunir todas sus armas. Esas vacaciones solo se había llevado dos con él, una Magnum 44 para su defensa personal y un 30.06, el calibre que prefería para cazar ciervos, aunque todavía faltaban dos meses para que se abriera la veda. Convencido de no haberse olvidado nada, apagó las lámparas y dejó la cabaña, listo para enfrentarse una vez más al mundo.

Estaba saliendo el sol, se asomaba sobre las montañas del este, de un profundo color violeta, con rayos naranjas y amarillos que atravesaban igual que púas de luz las nubes algodonosas y se reflejaban en el suelo como focos blancos y delgados. Jim metió la 44 en la guantera y después se quedó mirando mientras el astro rey coronaba la montaña y quemaba las capas de niebla de los picos hasta hacerlas desaparecer. Los sonidos del monte llenaron los bosques de brisas suaves y trinos de pájaros. A lo lejos, un gran ciervo pastaba la hierba suave que crecía a sus pies. Eran viejos enemigos. Jim había intentado cazar a aquel grandullón varias temporadas seguidas, pero jamás había podido conseguir un tiro certero. Siempre un paso por delante, aquel magnífico animal de cuernos de doce puntas desaparecía entre la espesura antes de que él pudiera apretar el gatillo. Desde entonces, se había resignado al hecho de que el ciervo era parte del paisaje y que se había ganado su derecho a vivir. Le alegró verlo aquella mañana.

Por fin, Jim arrancó la camioneta y dejó atrás la vida que llevaba en las montañas. Su retiro quedaría en el olvido, sería borrado por otro año más de plazos por cumplir, mínimos por respetar, y por el último dólar por ganar que siempre esperaba tras la esquina.

El pueblo de Warren estaba a cuarenta y cinco minutos de la cabaña, siguiendo una carretera comarcal larga y serpenteante. Las montañas, de un profundo color azul, testimonio de la historia y la grandeza del valle Shenandoah, se fueron desvaneciendo a su espalda a medida que se acercaba al pueblo. Allí repostaría y se tomaría un café, que buena falta le hacía. Las provisiones que llevaba se le habían terminado dos días antes, y si había adquirido un vicio durante su ajetreada vida era la adicción a la cafeína. Después de echar gasolina, volvería a Manassas y reanudaría su afanoso estilo de vida en una de las zonas residenciales de Washington D. C. En total, un viaje de unas dos horas.

Algo de música haría el viaje un poco más soportable, pero también lo animaría si pudiera dar con uno de esos tíos que hablan

por la radio por las mañanas, más contentos que unas pascuas. Había uno en concreto que siempre lo hacía reír. Pero era domingo y seguro que ese tío todavía estaba en casa, metido en la cama. Con algo de música bastaría, quizá rock clásico.

Jim exploraba el dial mientras conducía: iba apretando con el dedo las emisoras programadas, de izquierda a derecha, en busca de sus preferidas. Una ligera carga de electricidad estática llenaba los altavoces al detenerse en alguna de las emisoras. En otras, un silbido irritante hendía la calma matinal. Desalentado, apagó la radio y continuó conduciendo en silencio.

Jim se detuvo delante de un semáforo estropeado cuando entró en el pueblo de Warren. Allí estaba pasando algo raro. Observó el extenso centro comercial que tenía a la derecha. El cartel que advertía a los camioneros de que estaba prohibido pasar allí la noche estaba un poco torcido. Los escaparates eran oscuros agujeros enmarcados por cristales rotos y dentados. Los restos, hechos trizas, del anuncio de «Las mayores rebajas del año» que había en uno de los escaparates, aleteaban bajo la brisa de la mañana. El aire agitaba la basura, que volaba por el aparcamiento, formando pequeños tornados de desechos. El olor a carne podrida impregnaba el aire mañanero. Era como si una guerra hubiera diezmado el pueblo.

Decenas de personas se apiñaban ante el destrozado centro comercial. Algunos se habían quedado parados en el paseo cubierto que había delante de los escaparates hechos añicos, otros caminaban sin rumbo por el aparcamiento como si estuvieran sumidos en un trance.

Comenzaron a notar la presencia de Jim, y lo primero que este pensó fue que podrían ser saqueadores, como los que encontró durante los disturbios de Los Ángeles, salvo que estos no parecían cucarachas enfervorizadas que se escabullían por todas partes, como los asaltantes que había visto. Esas personas eran muy diferentes. No había prisas ni apuros por coger cuanto antes todo lo posible y huir. Ni siquiera parecía que les interesara lo más mínimo.

Harapientos y ensangrentados, volvían sus miradas vacías hacia él y se tambaleaban en su dirección con un esfuerzo casi coordinado. Todos parecían haber sido víctimas de una violencia incalificable, si bien en diversos grados. Los rostros de los tres que tenía más cerca, un adolescente y dos mujeres mayores, eran de un color gris azulado y sin vida. Al chico, un brazo le colgaba de forma grotesca del hombro, como si solo estuviera pegado por una hebra de tendones. A una de las mujeres le faltaba una oreja. Asqueado por la extraña visión, Jim aceleró por instinto y se alejó a toda velocidad.

Mientras atravesaba la ciudad siguió viendo más de lo mismo. Tres semanas antes había pasado por allí de camino a su cabaña y todo le había parecido normal. ¿Había estallado una guerra mientras él se dedicaba a comulgar con la naturaleza? Era muy posible, pero una vocecita interior le decía que no dejara de avanzar.

Aparte de la camioneta de Jim, no había ningún otro vehículo en movimiento, y que él viera tampoco había policías para mantener a raya a los extraños saqueadores. Si las cosas habían llegado al punto de que las autoridades locales no pudieran hacerse cargo de la situación, ¿por qué no habían llamado a la Guardia Nacional para que los ayudara? Algunas de esas personas estaban heridas. Sin embargo, Jim sabía que no debía parar para ayudar. Su aspecto era... antinatural. El pueblo de Warren apestaba a muerte.

Jim estiró la mano, sacó la 44 de la guantera y se puso como pudo el cinturón del arma sin dejar de conducir. Seguía necesitando echar gasolina en alguna parte, tenía el depósito casi vacío. Le gustara o no, en algún momento tendría que abandonar la seguridad de la camioneta.

Jim no tardó mucho en ver un área de servicio, con gasolinera y una pequeña tienda. Se dirigió hacia allí y se detuvo delante de los surtidores. Sus esperanzas de echar gasolina y salir cuanto antes de allí disminuyeron en cuanto vio el estado en el que estaba el establecimiento. Habían roto las grandes puertas de cristal y desde

donde estaba vio que habían vaciado la tienda de todo lo que contenía.

Examinó detenidamente la zona y salió con cuidado de la camioneta. En ese momento su única opción era comprobar si había electricidad para así poder conseguir la gasolina que necesitaba.

Cogió la manguera y la introdujo en el depósito. Tiró de la palanca varias veces, pero fue en vano. No había corriente y los surtidores estaban inutilizados. Desilusionado, volvió a dejar la manguera en su sitio y se acercó con cautela a la tienda oscura, haciendo crujir con cada paso los cristales bajo sus botas.

Al entrar en el establecimiento, totalmente destruido, se le hizo obvio que tendría que buscar en otro sitio lo que necesitaba. Las extrañas personas que se había encontrado antes seguramente eran saqueadores, después de todo. Las únicas existencias que quedaban eran artículos de limpieza y productos no comestibles. La comida, los cigarrillos y todo lo que hubiera de valor, había desaparecido.

La confusión del momento le hizo poner en duda su propia cordura. Sus ojos, azules y penetrantes, miraron sin ver a través del escaparate roto de la tienda mientras luchaba por pensar con claridad. ¿Qué debería hacer a continuación?

Había visto una cabina junto a la pared, fuera.

Salió por las destrozadas puertas con precaución, para no cortarse con los bordes dentados del cristal que sobresalían. En la zona más próxima seguía sin haber ni un alma salvo él, y de momento se sintió seguro mientras dejaba caer dos monedas de veinticinco centavos en la ranura del teléfono.

El tono habitual de llamada fue sustituido por unos chasquidos que se repitieron varias veces antes de que se hiciera el silencio. Jim volvió a colgar el teléfono. Cuando lo hizo, la máquina le devolvió las monedas y lo volvió a intentar. Esa vez el auricular emitió un silbido leve y rítmico acompañado por breves estallidos eléctricos de tono más grave. Dejó caer el inútil aparato y lo dejó colgando del cable retorcido.

Cuando se volvió para irse, una mano fría lo cogió por el hombro como una garra de acero. Jim giró en redondo y vio a un hombre de su altura, pero ahí terminaba todo parecido con él. Un gran agujero del tamaño de una pelota de tenis en la mejilla izquierda dejaba al descubierto unos dientes amarillentos que chasquearon en su dirección como los de un perro callejero listo para morder. La camisa azul oscura que llevaba, rasgada y cubierta de sangre seca, lucía una etiqueta sobre el bolsillo del pecho que decía «Repuestos Burkett». Tenía la cabeza ladeada, formando un ángulo extraño. El hombre gimió, como si la cabeza le pesara demasiado para mantenerla erguida. Tenía los ojos recubiertos por una película lechosa, y de él emanaba el olor pútrido de un cadáver que hubiera yacido durante demasiado tiempo bajo el sol ardiente.

El exhaustivo adiestramiento militar que había recibido Jim y la rapidez de sus reflejos le fueron de gran ayuda en ese momento, cuando interpuso los brazos entre él y aquella aparición ensangrentada y la apartó de un empujón. El tipo se tambaleó hacia atrás, recuperó el equilibrio y después se abalanzó de nuevo. Con toda la fuerza que pudo reunir, Jim lanzó un gancho que aterrizó bajo la barbilla del desconocido. La fuerza del golpe lo mandó volando hacia atrás, y lo hizo aterrizar a tres metros de distancia, sin dejar de apretar y rechinar los dientes, y eso que la mandíbula inferior estaba inquietantemente desviada con respecto al resto de la cara.

Un nuevo movimiento llamó la atención de Jim, que se dio la vuelta de golpe para mirar. Más personas, tan extrañas y grotescas como el dependiente de la tienda de repuestos, se acercaban por detrás de la tienda. Había dos hombres y una mujer. Un hombre movía los brazos, paralelos y estirados, como el monstruo de Frankenstein de las películas antiguas. La cara de la mujer estaba mutilada hasta resultar irreconocible. Los tres gemían como si les doliera algo.

Jim dio un paso atrás y sacó la pistola de la funda.

—¡No se muevan de ahí! —chilló.

Esa chusma siguió avanzando hacia él y el dependiente de la tienda de repuestos se levantó para unirse a la refriega.

Jim se preguntó si podía disparar. Toda aquella escena estaba comenzando a provocarle una sensación de desorientación, era surrealista. Estaba empezando a dudar de la realidad de la situación. Decidió que una retirada a tiempo era una victoria y echó una carrera hacia la camioneta, entró de un brinco y aseguró las puertas. Estaba buscando las llaves cuando oyó el sonido de otro vehículo. Miró por encima del hombro y vio una camioneta negra con barrotes de metal en las ventanillas que entraba a toda velocidad en el aparcamiento. El vehículo se detuvo con un chirrido y salieron de un salto dos hombres con rifles. A tres de las repulsivas figuras las despacharon de inmediato con un tiro en la cabeza. Sin embargo, el vendedor de repuestos se había adelantado hacia la camioneta de Jim y golpeaba el parabrisas con las manos ensangrentadas.

Este observó pasmado, sin poder creérselo, al conductor de la camioneta negra: un hombre rubio, con bigote, de casi dos metros de altura, que se acercó a la parte delantera de su vehículo, se inclinó sobre el capó, apuntó y disparó. Trozos de hueso, pelo y materia gris resonaron como la lluvia al salpicar la ventanilla de la camioneta de Jim.

El compañero del tirador, una especie de motero lleno de tatuajes y aspecto nervudo que llevaba la cabeza afeitada, se sacó un trapo del bolsillo y limpió la sangre del cristal.

—¿Estás bien? —gritó mientras se asomaba al interior. Se volvió sin esperar respuesta y se acercó a uno de los cuerpos.

El otro tirador se irguió sobre el capó.

—¡Ya puedes salir! —le gritó a Jim y después se unió al calvo junto a los cuerpos.

Jim se preguntó si el siguiente iba a ser él. Claro que no parecía muy probable que acudieran en su ayuda para después meterle una bala en la cabeza.

Salió de su camioneta y pasó por encima del dependiente asesinado. Con la 44 todavía en la mano se acercó a los dos hombres.

—No lo conozco —dijo el hombre de la cabeza afeitada al tiempo que miraba el cadáver que tenía a los pies.

—Yo tampoco —dijo el rubio, que parecía aliviado.

Jim sacudió la cabeza para intentar aclararse un poco.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué coño le pasa a esta gente?

—Soy Mick —dijo el rubio y le tendió la mano con gesto cortés—. Y te presento a Chuck. —Señaló con un gesto al motero—. Estamos de patrulla, buscamos supervivientes.

—¿Supervivientes? ¿Supervivientes de qué? —Jim estiró el brazo y estrechó la mano de Mick. Cumplir con las normas sociales de la civilización hacía aquella situación todavía más surrealista.

Jim se alarmó y se preguntó si no sería todo un mal sueño. Quizá todavía estaba dormido en la cabaña. Era como si se hubiera despertado en medio de un episodio de aquella serie de televisión, *La dimensión desconocida*. Al igual que los personajes, él no tenía ni idea de lo que estaba pasando allí. Por lo menos, aquellos tipos parecían estar al corriente de lo que ocurría en ese extraño «nuevo mundo» en el que de repente se encontraba.

Chuck ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Dónde coño has estado, tío? ¿En una isla desierta o algo así?

—Por decirlo de alguna manera. Llevo las últimas tres semanas en la cima de una montaña, en mi cabaña de caza.

Chuck le dedicó a Jim una amplia sonrisa mientras regresaba a la camioneta negra y volvía a meter la pistola en su funda.

—Joder, tío. ¿No es el colmo? No me jodas, apuesto a que acabas de bajar de allí.

—Podríamos decirlo así —dijo Jim mientras volvía la cabeza y miraba los cuerpos que cubrían el suelo. Aparte del tiro en la cabeza, todos tenían varias heridas más. A uno le faltaba el brazo desde el codo. Por un desgarro en los pantalones justo por encima de la rodilla, Jim vio que al otro hombre le habían arrancado un gran trozo de carne. La mujer no mostraba señales de herida alguna salvo por el rostro previamente desfigurado que se había desintegrado casi por completo, con-

vertido en una masa de carne pútrida y materia gris sin parecido alguno con la cara de un ser humano.

—¿Podría explicarme alguien qué coño está pasando aquí? —preguntó Jim.

—¡Ahora no! ¡Tenemos que largarnos! —dijo Chuck señalando algo. Mick y Jim se volvieron hacia el centro comercial por el que este último había pasado poco antes. Dirigiéndose hacia los tres, sin prisa pero sin pausa, había al menos un centenar de la misma clase de personas que Mick y Chuck acababan de matar.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Jim, horrorizado.

—Ahora no hay tiempo —dijo Mick—. Te lo explicaré de camino. Te vienes con nosotros. Tu camioneta no es segura.

Jim se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el ejército que se acercaba.

—¡Venga! ¡Vámonos! —le ladró Mick, cogiéndolo por el brazo.

Jim salió de repente de su estupor. Los gemidos y gruñidos de la multitud no se parecían a nada que hubiera oído jamás. Sus espeluznantes lamentos se alzaban con un tono agudo y febril a medida que se iban acercando milímetro a milímetro, entre tambaleos.

Los tres hombres se metieron en la camioneta negra. Mick arrancó y salió del aparcamiento hacia el ejército que se acercaba. Viró de repente en la intersección, justo delante de la turba, y se dirigió al norte atravesando el pueblo.

De momento estaban a salvo.